

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 17, 22-24): *Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré.*

Salmo (91, 2-3.13-14.15-16): *«Es bueno darte gracias, Señor»*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 6-10): *Caminaremos sin verlo, guiados por la fe.*

Evangelio (Marcos 4, 26-34): *Un hombre echa simiente en la tierra.*

Lentamente vamos tomando conciencia de la necesidad de un progreso que respete los ritmos de la naturaleza y genere un desarrollo sostenible. Cuando hacemos “desmanes”, suelen volverse contra nosotros. Hablamos de ecología como la búsqueda de una buena relación entre los seres vivos y su ambiente. Algo similar sucede en otras facetas de la vida, como la convivencia social, el progreso económico, y también la pastoral de la Iglesia.

En nuestra vida parroquial nos lamentamos constantemente de los exiguos resultados de nuestra acción pastoral: “Invertimos mucho esfuerzo en iniciativas que obtienen pobres resultados”. Nos quejamos frecuentemente de la edad o el cansancio, de la distancia con la cultura actual, del alejamiento de los jóvenes o de la pesada estructura eclesial. Todas son causas ciertas, pero ninguna definitiva. La vida eclesial también busca potenciar criterios “ecológicos” que no siempre hemos respetado.

Jesucristo es el centro de la vida de la Iglesia y del cristiano, y la evangelización hunde sus raíces en Él. Nosotros recibimos una misión demasiado importante como para realizarla a la ligera, por rutina o movidos por otros intereses. No se trata de apresurar los resultados ni de imponer unas convicciones, sino de posibilitar que la semilla de la fe se convierta en una realidad que articule la vida de las personas.

Los cristianos queremos evangelizar como Jesús. Su vida fue el mejor anuncio del Evangelio. Su “estilo” es nuestro estilo. Su “talante” es el nuestro. Sus prioridades guían las nuestras. La Iglesia hace presente la novedad de su Palabra y la rotundidad de sus gestos. La acción del Señor siempre es novedad, fuerza, pasión, proximidad... y el Evangelio no cabe en una canción sabida ni en un mensaje desfasado. Hoy el Evangelio tiene que seguir sonando a nuevo.

Esta novedad supone transformación, cambio, conversión... tanto de las personas como de las estructuras. Quien se encuentra con Jesús queda renovado. Su vida adquiere otro norte. La Iglesia busca la transformación de corazones y de estructuras. No se cambia el corazón con imposiciones ni con leyes, sino con amor. Así hacía Jesús y así estamos llamados a hacerlo en la Iglesia. Una acción que nos aproxime a Jesús, que cautive y enamore.

El cristiano no puede dedicarse a mirarse el ombligo, sino a contemplar, desde la fe, la realidad que nos rodea. La sostenibilidad de la Iglesia será posible si todos, en comunión, nos ponemos a trabajar en la misma dirección. El individualismo, el proselitismo, el “capillismo”... son garantías de un seguro fracaso. Solo la comunión misionera es el futuro. En actitud de servicio... como el mismo Jesús, al servicio de Dios, al servicio del prójimo, al servicio de la realidad en la que nos encontramos. Al servicio del Reino.

No estamos solos en esta tarea ni somos lo más importante. Somos colaboradores del Señor. Él es el auténtico protagonista, el centro de la evangelización, el garante del resultado. Nuestro papel es necesario porque Jesús quiere contar con cada uno del mismo modo que contó con Pedro, Santiago y Juan, con María o Salomé, con la comunidad naciente... y con la Iglesia a lo largo de los siglos. Pero el sembrador es Él, el viñador es Él, el alfarero es Él, el buen pastor es Él.

Nosotros somos su grupo, su equipo, sus colaboradores... trabajadores comprometidos que queremos ser presencia suya allí donde estamos. Nada podemos sin Él... pero Él cuenta con nosotros y con nuestro hacer. Con nuestras limitaciones estamos llamados a hacer presente el Amor y visibilizar a Dios hoy.

Somos conscientes de la grandeza de la misión... pero, quizá no sabemos medir bien los resultados del Evangelio. La experiencia de encuentro con el Señor lleva a la conversión, a un cambio de orientación en la vida de la persona. Todo queda configurado de manera distinta, todo queda transformado.

Cada encuentro entre una persona y Jesucristo justifica todos los esfuerzos y todas las acciones necesarias. Todo cristiano está llamado a ser mensajero del Evangelio, a ser apóstol, a contagiar el milagro de la fe, a fecundar su entorno con la Buena Noticia de Jesucristo.

La tarea es comunitaria. Todos y cada uno estamos llamados a trabajar en el campo del mundo para sembrar el tesoro del Evangelio. Una tarea de equipo, una labor coral, una misión compartida. Somos la Iglesia, familia de Dios, que anuncia su proyecto de salvación y de vida universal.

Anunciar el Evangelio es ayudar a vivir desde la fe y el amor. Es trabajar por la justicia y la igualdad. Es devolver la esperanza y anunciar la misericordia. Es convocar a quienes no cuentan y ponerlos en primer lugar. Dios seguirá bendiciendo nuestra tarea.